



MONS. JUAN CARLOS BRAVO SALAZAR

A TODO EL PUEBLO DE DIOS QUE PEREGRINA EN LA NUEVA DIÓCESIS DE
PETARE

“EN TU NOMBRE” (Lc. 5, 5)

Queridos hermanos y hermanas:

Reciban un cordial saludo, mi afecto y oración.

El Papa Francisco ha puesto en nuestras manos y en todo nuestro ser un gran reto: edificar juntos una nueva Diócesis en este año en el que se inicia un sínodo sobre la sinodalidad. Edificar una Iglesia sinodal, misionera y en salida implica una auténtica conversión pastoral iluminada por el Evangelio; implica caminar juntos en la espiritualidad de comunión y la creación de estructuras funcionales, con espíritu evangélico, para poder llegar a ser la Iglesia que Jesús siempre ha querido. El Concilio Vaticano II ha descrito muy bien la Iglesia en su Constitución *Lumen Gentium*. Nos recordó el Concilio que fue voluntad de Dios elegir a un pueblo para que le conociera en verdad y le sirviera santamente. Un pueblo que debe tener como condición la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el mandamiento del amor, como el mismo Cristo nos amó, tiene por fin, como objetivo, la dilatación del Reino de Dios, incoado por El mismo en la tierra, hasta que sea consumado por el mismo Dios al final de los tiempos (cfr. LG. 9).

Dios y la Iglesia me envían a un mundo desconocido, por eso voy a ustedes con la mejor disposición de conocerles y conocer su realidad para poder insertarme en ella, para juntos avanzar en esta gran aventura que nos pide el Señor: construir la nueva Diócesis,

como el gran Pueblo de Dios que estamos llamados a ser. Que sea la Iglesia de Jesús la que soñemos y construyamos juntos en ese camino hacia el Reino. Es un gran reto conocer al Señor y servirle santamente, como nos lo pide el Concilio Vaticano II. Bien lo sintetizó el Beato Antonio Chevrier, quien ha sido inspiración en mi camino cristiano, sacerdotal y episcopal: *“conocer a Jesucristo lo es todo, lo demás no es nada”*

Hace unos seis años fui sorprendido por el Señor al llamarme al ministerio episcopal; se me hizo difícil asumir y asimilar este servicio, como también fue difícil desprenderme de mi querida tierra Guayanesa, especialmente del amado pueblo de Guasipati. Hoy el Señor me vuelve a sorprender con este nuevo llamado. Se me hará difícil desprenderme de este presbiterio, de esta Iglesia particular y de esta hermosa tierra llanera a la que me he entregado en totalidad. Bendigo al Señor por haber sido mis maestros y mi escuela en dicho servicio. Todo este desprendimiento lo asumo como un llamado de Dios a mi libertad, obediencia y disposición; no estar atado a nada ni a nadie para poder optar sólo y únicamente por Jesús y la causa del Evangelio.

Voy a ustedes, enviado, con la certeza que el Resucitado nos precede; voy como una vasija de barro, movido sólo por la alegría del Evangelio. En nombre de Dios y con la confianza plena en Él, nos ayudará a descubrir los signos del Reino incoado por él mismo, en esa porción del Pueblo de Dios que el Señor nos llama a edificar como la Iglesia Diocesana número cuarenta y uno de nuestra amada Patria.

En su nombre, confiando en su Palabra, avancemos juntos con el dulce nombre de Jesús y de la mano de Nuestra Señora del Rosario para poder llegar a ser una Iglesia sinodal, en salida, misionera y auténticamente cristiana.

Tu hermano Juan Carlos Bravo Salazar